



COL·LECCIÓ NOVATORES 31

Rilke y la muerte

V. Javier Llop Pérez

V. JAVIER LLOP PÉREZ,
Rilke y la muerte, Al-
fons el Magnànim,
Valencia, 196 pp. ISBN
978-84-7822-563-7.

“Poesía es la unión de dos palabras que uno nunca supuso que pudieran juntarse, y que forman algo así como un misterio.” Lorca supo identificar —con su propia definición de la poesía— ese arduo misterio que encierran tanto la imaginación como el propio lenguaje, y que hace que uno no solo cuestione los misterios de la poesía o la literatura sino que además consiga entrelazarlos con los sucesos de la existencia. Y todos sabemos cuál es el tedioso enigma que encierra la finitud: la muerte. *Eros y Thánatos*, representación de la vida y la muerte, indiscutiblemente unidos desde la arcaica mitología griega hasta los psicoanalíticos usos freudianos y a los que ahora la poesía del siglo XX, junto con la reflexión filosófica, quieren rendirle un gran homenaje a través de uno de los mejores poetas de la pasada centuria: Rainer Maria Rilke.

Un fragmento de *El árbol de la vida* del simbolista G. Klimt se refleja en la portada de la obra que nos concierne, *Rilke y la muerte*, editada por Alfons El Magnànim en su colección de divulgación humanística, Novatores, en la que el propio autor, V. Javier Llop Pérez, catedrático de Filosofía y docente en la enseñanza media, trata de reflejar, antes de adentrarnos en la obra, el acecho de la muerte en el árbol, propio de la simbología rilkeana, mostrando, en palabras del propio autor, a “la muerte como semilla que va madurando en nosotros”. En una de sus

más famosas obras, el propio poeta expresa la tesis esencial que Llop desea remarcar y debatir en cada apartado del presente ensayo: “Hay que aprender a morir. En eso consiste la vida, en preparar con tiempo la obra maestra de una muerte noble y suprema, una muerte en la que el azar no tome parte, una muerte consumada, feliz y entusiasta”. *Der eigene Tod*, la denomina el propio Rilke en el original alemán, muerte propia de cada ser humano que debe ser asumida, como hemos destacado, desde el propio seno de la vida; solo su aceptación llevará al individuo a saber apreciar lo que ha creado y proyectado, así como asumir el profundo misterio que envuelve el fin de esta efímera existencia. Llop, a través de distintos fragmentos del *corpus* rilkeano, especialmente relevantes dentro de la temática que tratamos, y una meditada prosa, intenta otorgarle al ensayo un hálito actual, mostrando, a través de diferentes autores, directores cinematográficos, como el distinguido Kurosawa, y situaciones contemporáneas —el concepto de *hybris* en las sociedades modernas—, la problemática que plantea el tema de la muerte, unida consustancialmente a la vida, tanto en la célebre poesía del poeta como en todos los ámbitos de la cultura. Dos personajes esenciales son contruidos por el propio Rilke, a través de la mitología, para escenificar lo que hemos expuesto: Orfeo y Eurídice, ambos abordan el florecer natural de la muerte y el componente de *hybris* que comporta llegar a tergiversar el destino de la finitud; esa no asunción de la muerte conlleva al actual “hombre de la desmesura” a decir rotundamente *no* a la vida y aferrarse fáticamente a una venidera “meta-existencia”. De nuevo surge en ese cambio de misión —como propuso el propio Tolstói— que es

la aceptación de la muerte, la fidelidad a la tierra y a la finitud que ofrece Rilke a sus más atentos lectores, alejándose completamente de las inconscientes hipótesis modernas acerca de la muerte. Uno debe recordar la mortalidad —*Memento mori!*— que siempre está a nuestro acecho. Ese individuo defendido por la poesía rilkeana siente la pérdida de la identidad con la naturaleza y el mundo, razona su finitud y su relación con todo lo demás, contempla algo más allá de lo *interpretado* en la poesía, observa —en palabras de Baudelaire— como “el alma entrevé los esplendores que están más allá de la tumba”.

“Convertir la tierra extraña e inhóspita en una casa del mundo, dotar otra vez de sentido a las cosas, recuperar la vida... Esta sería la tarea del poeta”. En el último apartado del presente ensayo, *Finitud y celebración*, Llop intenta hacernos reflexionar acerca de la auténtica asunción de la vida-muerte, de la experiencia finita y sobre todo del sentido artístico y abierto (*das Offene*) de la realidad. Hemos comprobado cómo tanto el misterio de la poesía rilkeana como su profunda reflexión acerca de lo humano recaen constantemente en lo terrenal y en el “infinito elogio hacia lo efímero”, donde encontraremos nuestras propias huellas, el *factum* de nuestra creación. “Creamos mundo, celebramos con la palabra...”. Esa clase de arte y creación debe ser vista —señalaría un trágico Nietzsche— desde la “óptica de la vida” y esta unión que caracteriza la expresión del arte es cantada por el poeta, parte de su tarea es celebrar y rescatar lo terrestre. Acaba el apartado con un verso de la Novena Elegía donde el mismo Rilke nos acerca a la comprensión y significado tanto de su mundo como de su propia reflexión poética: “Entre los martillos aguanta / nuestro corazón, como la lengua / entre los dientes, que, no obstante / sin embargo, sigue siendo la que celebra” (*E.D.*, IX, 48-51).

No se haría justicia al presente ensayo si no fuese acompañado su estudio con la lectura tanto del poemario alemán original, brevemente destacado por el autor en algunas anotaciones filológicas, como de las posibles traducciones castellanas que, como demuestra la bibliografía ofrecida por el autor y asumida la dificultad que conlleva la traducción poética, han sido de fructífero uso. Cabe aportar también, al margen del contenido, la actualidad y vigencia del tema propuesto que llega siempre a captar la atención de cualquier tipo de lector con un mediano interés por la temática de índole existencial. Rendirle tributo a un poeta de la talla de Rainer Maria Rilke será siempre, para aquellos que aún apreciamos el talante poético, tanto un lujo como un misterio que, siguiendo la línea del ensayo, le ofrece a la muerte la “última palabra que cierra la frase dándole sentido, sentido y punto final”.

Sergio García Guillem

